

## **Pueblo: Mapuche**

El pueblo mapuche comparte muchas de las tribulaciones que han sufrido y experimentan aún los pueblos originarios cuyos territorios resultaron escindidos y fragmentados, como efecto de la constitución de las fronteras de los estados nacionales, a lo largo del siglo XIX. Las experiencias históricas y el modo de afrontarlas, sin embargo, varían en cada uno de ellos conforme a sus particulares modalidades culturales y organizativas, así como a la índole de los contendientes que han tenido que enfrentar.

El pueblo mapuche, cuyos territorios se emplazaban a ambos lados del sector meridional de la cordillera de los Andes, aparece en los registros históricos de los conquistadores españoles desde muy temprano. Fueron designados por estos como “araucanos”, a partir del nombre dado por ellos a la región: Araucanía, o lugar donde abundan los árboles de araucaria, *pehuenes*, en lengua mapuche.

De esos registros muy tempranos y de los estudios arqueológicos y etnohistóricos, se sabe que combatieron el avance de los conquistadores incas y, poco más tarde, de la ocupación española. Es muy probable que, a causa de estos procesos de resistencia a la ocupación de sus territorios, se haya vuelto más compleja su organización social, que debió orientarse hacia una postura más bélica sin descuidar sus actividades de producción, intercambio y vida religiosa. De allí que la cultura mapuche ofrezca una visión del mundo sumamente compleja y articulada, que se expresa también en sus formas de liderazgo y prestigio social.

También propone un ejemplo extraordinario de adaptación a los cambios, en un constante desafío entre lo que consideran lo propio del ser mapuche (como manifestación permanente de una identidad y de un modo de ser en el mundo) y lo que necesita redefinirse ante transformaciones que, en la mayoría de los casos, provienen del medio social externo, a menudo hostil y poco proclive a aceptar las particularidades de este pueblo.

De esos primeros antecedentes que mencionamos y de trabajos de investigación más detallados después, se desprende que el pueblo mapuche desarrolló una vida social basada en la producción agrícola que, rápidamente –con la expansión de los vacunos y los caballos traídos por los europeos–, incorporó también la ganadería y cría: el efecto fue una transformación de la organización territorial de los grandes linajes, así como la aparición de nuevos tipos de jefaturas, que no solo se basaban en el reconocimiento a las cabezas de esos linajes, sino a la riqueza relativa en cuanto a la propiedad de cabezas de ganado y caballadas.

Como simultáneamente la actividad de defensa territorial fue intensificándose desde el siglo XVI en adelante, las actividades bélicas, la capacidad de coordinar la defensa y la habilidad de sus estrategias definió también nuevos tipos de liderazgo que se vincularon con los anteriores. Podríamos sintetizar estos despliegues organizativos diciendo que diferentes formas del saber apreciadas por el pueblo mapuche fueron definiendo también distintas modalidades de poder que no necesariamente entraban en conflicto entre sí. A diferencia de los ocupantes españoles, la autoridad para los mapuches no era –ni es– unipersonal, sino compartida por

sujetos de prestigio que conocen en profundidad diferentes ámbitos de la vida, sea material o espiritual, y que son reconocidos a causa de ello por sus congéneres.

Dado que la conquista y colonización de los territorios mapuches fue más temprana en la región cordillerana occidental, muchos grupos familiares se volcaron a la ocupación del sector oriental, fuera de las áreas de conflicto. La cordillera de los Andes no significó un obstáculo ni para el comercio ni para los intercambios matrimoniales y de bienes, los que fueron estrechándose a lo largo de los siglos siguientes, ya que incorporaron nuevos bienes y nuevas relaciones entre sí, con otros pueblos y con el mundo blanco.

Durante el siglo XIX, debieron afrontar la redefinición de los conflictos que mantenían con los ocupantes no mapuches. Durante el proceso de independencia y formación de los nuevos estados nacionales, surgió en los países en formación una doble necesidad: por un lado, ejercer el dominio territorial efectivo sobre las nuevas fronteras en proceso de definición; por otro, generar teorías sobre la necesaria antigüedad histórica de las nuevas naciones-estado y sobre la particularidad de sus culturas nacionales en el concierto de las naciones mundiales. Ante ambas exigencias, los pueblos originarios sufrieron dos saqueos importantes: el de sus derechos territoriales (que ahora caían bajo la jurisdicción de las nuevas naciones) y el de sus singularidades culturales (que pasaron a representar el salvajismo y la barbarie ante el modelo de civilización que se encarnaba en las naciones-estado) que, gradualmente, empezaron a formar parte de los patrimonios de los museos nacionales en formación).

Con no pocas discusiones, la nueva nación chilena hizo basar su pretendida antigüedad en el pasado mapuche (en realidad, una versión particular de un pasado idealizado desde la perspectiva de los intelectuales nacionales). A su vez, la nueva nación argentina fue variando su perspectiva a lo largo del siglo XIX: hasta mediados de 1850 aproximadamente, consideró a los pueblos originarios en general como fuerzas destructoras de la cultura y la civilización (representadas por los malones, los saqueadores de caravanas, las cautivas, etc., como puede registrarse en los escritos de Esteban Echeverría y de Domingo F. Sarmiento) y, posteriormente, como usurpadores extranjeros (los chilenos), que ocupaban ilegalmente el territorio de la patria.

Las campañas de exterminio, que culminaron con la dirigida por el entonces futuro presidente gral. Julio Argentino Roca, entre 1879 y 1884, fueron un duro golpe, especialmente para este pueblo. Al genocidio (la aniquilación física directa o indirecta, con el traslado de los vencidos a Buenos Aires y “el regalo” de las criaturas y las mujeres a las familias porteñas) le sucedió el etnocidio (el intento de destrucción cultural, con el amordazamiento de la lengua original, sus creencias religiosas y la supresión de la memoria social del pueblo mapuche).

Gradualmente, desde la segunda mitad del siglo XX, se ha producido una revitalización de los procesos culturales que se ha hecho más fuerte a partir de los festejos del Quinto Centenario. Las celebraciones que estaban destinadas a exaltar la colonización española desencadenaron el efecto contrario en muchos pueblos originarios y, particularmente, entre los mapuches. En ellos no solo se ha instalado el valor fundamental de la lengua propia como canal de

preservación y enriquecimiento cultural, sino que se ha desarrollado un sistema de escritura (como una innovación cultural necesaria) en proceso de consolidación y acuerdo entre sus especialistas.

A la vez, se han otorgado nuevos significados a los términos relativos a las jerarquías y jefaturas (*lonko*: autoridad política de la comunidad; *pillan kuse*: autoridad filosófico-religiosa de la comunidad; *weupife*: persona de la comunidad que ha desarrollado la cualidad de la memoria y es quien conserva las fuentes históricas del *lof* o comunidad; *werken*: mensajero del pensamiento mapuche, agente intercultural que permite acceder y comunicarse con la sociedad no mapuche; y *kona*: guerrero o guerrera de la cultura y la defensa de la identidad colectiva).

Su concepción del mundo (un espacio complejo en múltiples planos verticales y horizontales en íntima interrelación) y de la persona íntegra, en una lógica estrecha, paisajes, colores, fenómenos naturales, números y nombres personales, con poderes cuya significación se manifiesta en la combinación entre ellos, que actúa sobre el mundo social general, mapuche o no mapuche. Quienes se acercan con interés a los productos culturales mapuches contemporáneos (tejidos, platería, música, teatro) advierten que, en cada uno de ellos, está contenido un fragmento relevante de esta concepción del mundo (por ejemplo, las guardas de la producción de ponchos y de matras no son solo bonitas: cuentan historias poderosas a través de una estética singular).

Hoy también la radio y la televisión son canales de comunicación de los mapuches entre sí y con el resto de la sociedad. A través de estos medios y de su presencia en la vida pública, hacen oír su cada vez más potente voz para reclamar por las nuevas hostilidades de que son víctimas, por ejemplo, el deterioro ambiental de sus espacios por obra de la explotación minera en sus variadas formas y la explotación turístico- empresarial, que contamina sus aguas por el desconocimiento de sus derechos sobre los territorios y, en ocasiones, por la ocupación francamente ilegal de estos.

Se trata de una nueva adaptación a los cambios contemporáneos, donde las nuevas luchas requieren de nuevas estrategias de acción. El pueblo mapuche representa así, en el conjunto de los pueblos originarios, una voz poderosa que transmite una visión del mundo extremadamente compleja, y filosóficamente enriquecedora y profunda.

Asesora: Ana María Gorosito Kramer

<http://pueblosoriginarios.encuentro.gov.ar>